

hasta debajo de las rodillas. Las piernas anteriores son libres desde la articulación de los hombros, y parecen mucho más altas que las posteriores, porque los sobacos están muy marcados; los codos son muy salientes y se hallan rodeados circularmente de pliegues membranosos; las articulaciones de los pies, por el contrario, son poco visibles; el metatarso es muy recogido en su cara anterior, á lo cual se debe que el pie parezca mucho más grande; este último tiene cinco pezuñas, afecta la forma de un rodete y se ensancha hacia todos los lados; las plantas son lisas. Las piernas posteriores están cubiertas casi hasta las rodillas de una piel que se enlaza con la del vientre; las rodillas se marcan muy bien; las piernas se adelgazan por debajo de aquellas, y ensanchan después gradualmente hacia el tarso; el pie es muy ancho por delante y atrás, de modo que su planta presenta una forma oval.

La piel ofrece repliegues finos en ciertas direcciones; en otras se observan hendiduras, las más de las cuales se cruzan con aquellos; de modo que la superficie presenta el extraño aspecto de una red; en la región del pecho los pliegues son más gruesos, formando unas protuberancias anchas, móviles y colgantes. A causa de la mencionada red de pliegues, apenas se nota la carencia casi completa del pelaje, reducido á unos escasos pelos que, un poco más abundantes alrededor de los ojos, en los labios, en la mandíbula inferior y en la parte posterior del lomo, solo se desarrollan en la punta de la cola, formando una borla raquílica dispuesta en dos series. Los pelos son negros ó pardos, y los del labio blanquicos; las partes desnudas de la piel ofrecen un color gris pálido, que en la trompa, la parte inferior del cuello, el pecho y el vientre, conviértese en un rojizo de carne, observándose además unas manchas oscuras y espesas en forma de puntos. Las pezuñas tienen color de cuerno.

Las dimensiones del elefante se exageran comunmente mucho. Un macho muy grande mide, con corta diferencia, unos 7 metros de longitud desde la punta de la trompa hasta la extremidad de la cola, contándose esta por 1<sup>m</sup>,40 y la trompa 2<sup>m</sup>,25; la altura hasta la cruz es de 3<sup>m</sup>,50, ó 4 á lo más; apenas se encuentran individuos de mayor tamaño. El peso difiere, según se dice, entre 3,000 á 4,000 kilogramos.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—La India asiática debe considerarse como patria de este elefante, aunque ya se le ha exterminado en muchas regiones de este vasto país. Habita en todos los grandes bosques, así los montañosos como los de la llanura.

No se sabe aun de cierto si los elefantes que existen en Ceilan, Sumatra y Borneo son de la misma especie que los del continente, ó si en efecto constituyen una distinta (*Elephas sumatranus*), según lo afirma Schlegel padre, fundándose en comparaciones de los esqueletos del elefante insular con los del continental.

#### EL ELEFANTE DE AFRICA—*ELEPHAS AFRICANUS*

No cabe duda de que esta especie debe distinguirse del elefante indio. El africano, el *fil* de los árabes, el *sohen* de los amharas, el *harmas* de los del Tigré, el *negie* de los etíopes, el *decken* de los denkelies, el *merodeh* de los somalies, el que los galas llaman *arhá*, los belos *dsansa*, los betchuanas *ylo* y *dzo* y que en casi todos los países del Africa tiene un nombre distinto, es probablemente más grande que su congénere indio; pero no ofrece un aspecto tan majestuoso á los ojos del observador.

**CARACTERES.**—El conjunto de este paquidermo tiene poco atractivo; su tronco es más corto y las piernas más altas que en el elefante de la India; además se distingue de este

marcadamente por tener la cabeza aplanada, la trompa menos gruesa, orejas enormes, el pecho angosto, piernas mal formadas y poca regularidad en la línea dorsal. Muy pocas veces levanta este elefante la cabeza; por lo regular la inclina y alarga hacia delante; la frente se deprime ya desde el hueso nasal hacia atrás; la parte superior de la cabeza forma una punta poco saliente; el occipucio se deprime presentando una superficie bastante plana. Todas las protuberancias y todos los hoyos de la cabeza son aplanados; el borde de los ojos poco saliente; estos últimos ocupan casi toda la cavidad de las órbitas; la mandíbula inferior es relativamente endeble y los músculos maxilares poco visibles. La trompa forma como la prolongación de la frente, y se adelgaza después mucho sin presentar una base marcada. Esta particularidad comunica al perfil de la cara un carácter muy especial y cierta semejanza con el del ave de rapaña. La mayor anchura de la cabeza es la que media entre los pómulos; la frente y la mandíbula inferior se deprimen mucho hacia atrás, mientras que en la especie india, las sienes, los pómulos y los músculos maxilares presentan una anchura casi igual en toda la cabeza. La trompa es redonda en su parte anterior, un poco deprimida en los lados y plana en su cara posterior, no cóncava; hállase rodeada de repliegues en forma de anillos, anchos en la parte superior y cada vez más delgados y estrechos hacia la extremidad, observándose que el inferior parece siempre salir del superior; la trompa presenta además unos repliegues laterales, muy estrechos, prominentes en el centro, y cuya línea exterior es marcadamente denticulada: estos repliegues se corresponden con los anillos; la extremidad del órgano no tiene más que una pequeña protuberancia al rededor. El dedo de la trompa es tan ancho que apenas tiene la forma de tal y con él se corresponde una prolongación de forma semejante del borde posterior; de modo que uno y otra pueden reunirse por su margen y cerrar la trompa de tal manera que la abertura visible parece solo una hendidura transversal. El cartilago de la nariz entra muy encajado, y por esto las fosas nasales de este elefante, prolongadas y rectas, se hallan circunscritas en un hoyo en forma de copa. El labio inferior, corto y redondeado, no está pendiente, sino que se levanta por lo regular hacia arriba. Los ojos son pequeños y hundidos; el iris tiene un color amarillo pardo rojizo claro. En la parte superior de la cabeza se ven las gigantescas orejas, cuya base es enorme; no solo cubren el occipucio, sino también parte de los omoplatos; forman cinco ángulos, de los cuales el inferior, prolongándose en forma de punta, llega hasta muy abajo de la garganta; el de la parte anterior y superior reposa sobre la nuca, tocándose con el ángulo correspondiente de la oreja opuesta. Desde el primer ángulo hasta el tercero, que se halla detrás del omoplato, el borde de la oreja se enrolla hacia dentro, es decir, hacia la parte anterior de la concha, apoyándose el resto sobre los hombros, como un pedazo de cartón ó de cuero algo enroscado. Toda la oreja es muy plana é inclinada hacia atrás; cerca de la abertura del oído se ve un hoyo pequeño, destinado á recoger los sonidos; el conducto auditivo está bastante resguardado por unos cartilagos y varios repliegues membranosos. El cuello se levanta desde la cabeza hasta la cruz, situada entre las orejas; detrás de estas el lomo se arquea en forma de silla, cuyo centro se eleva bruscamente á mucha más altura que los hombros, para deprimirse después sin transición hasta la base de la cola; esta última, que se halla bastante baja, pende casi verticalmente hasta las rodillas y es delgada y lisa.

El pecho está bastante alto, resultando de aquí que la línea del vientre, abultado y redondo, baja mucho hacia atrás. Las piernas anteriores, cuyos codos sobresalen algo

por sus puntas, se adelgazan hasta el metatarso y ensanchándose después por todos los lados, forman al fin los pies, que afectan la figura de rodetes y están provistos de cuatro pezuñas; las plantas son redondas. Los muslos de las piernas posteriores aumentan en tamaño hasta las rodillas, ofreciendo el aspecto de una maza de forma cuadrangular prolongada; la parte inferior de las piernas, en extremo delgada, ensanchase mucho hacia el talón; los pies, muy pesados, se prolongan por delante y detrás y están provistos de tres pezuñas; las plantas son ovales.

Los repliegues y hendiduras que forman la red de la piel, presentan un conjunto más basto que en el elefante indio. El pelaje falta casi del todo, solo se ve una cresta poco poblada sobre el cuello y la cruz; del pecho y del vientre penden unas cerdas de color pardo oscuro, de 0<sup>m</sup>,15 de largo, y otras rodean los ojos y el labio inferior. El color de la piel es un gris azul muy pronunciado, pero el polvo y el cieno que le cubren comunicanle un tinte pardo pálido muy feo.

Kirk mató en los países del Zambezé un macho que media 2<sup>m</sup>,75 desde la punta de la trompa hasta la coronilla; desde aquí, siguiendo toda la línea arqueada del lomo hasta la base de la cola, 4<sup>m</sup>,20; este órgano tenía 1<sup>m</sup>,30, y de consiguiente la longitud total era de 8 metros por 3<sup>m</sup>,14 de altura hasta los hombros. Los colmillos, sin embargo, solo pesaban 15 kilogramos, prueba de que el animal no tenía aun mucha edad.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El área de dispersión del elefante del Africa comprende aun hoy día todo el centro de este continente, es decir, las regiones que á consecuencia de las lluvias periódicas, han perdido el tipo del desierto y se hallan cubiertas de bosque ó, por lo menos, de altas yerbas.

Dudoso es que el animal haya vivido nunca en los países del Atlas, como dice Wagner, según parece. En el Cabo no se ha extinguido la especie hasta fines del siglo pasado; así en el sur como en el norte de Africa, su área de dispersión se reduce de año en año, y en los territorios donde la población aumenta de continuo se le extermina del todo; solo en el oriente y occidente se encuentra todavía este animal en las inmediaciones de la costa.

**DATOS HISTÓRICOS SOBRE LAS DOS ESPECIES.**—Ambas especies de elefante eran bien conocidas de los antiguos y ya en épocas muy remotas se llevaron individuos vivos á Europa. Los antiguos egipcios, añade aquí Dumichen, conocían no solamente la especie africana, sino también la de la lejana India, y apreciaron mucho las dos. Los preciosos colmillos de estos colosos del reino animal constituyeron en todas las épocas del imperio egipcio una parte esencial del tributo que debían pagar al Faraon, así los habitantes del «miserio Kusch» y los negros de la parte del sur, como todos los pueblos del Asia que reconocían la soberanía del Egipto. En la isla hoy llamada Gesiret Assuán, que forma el límite de la región de las cataratas de Assuán, por la parte de Egipto, elevábase antiguamente la metrópoli del primer distrito del Alto Egipto; y esta metrópoli, así como la isla, era designada por griegos y romanos con el nombre de «Elefantina», traducción sencilla y fiel del que tenían ya, la isla y la ciudad, en el Egipto antiguo, es decir, «isla de los elefantes, ciudad del marfil.» Llamáronse así, porque en ellas se hallaba entonces el emporio del tráfico de marfil procedente del sur, preferencia de que hoy día disfruta Assuán, situada frente á las citadas isla y ciudad. Ya en las épocas más remotas del imperio de los faraones, los artifices egipcios, tan hábiles en artes y oficios, construían con marfil toda clase de aderezos y varios instrumentos y útiles para los fines prácticos de la vida. El nombre del elefante se encuentra en las ins-

cripciones jeroglíficas indicado por la señal de una sílaba que se pronunciaba *ab*; y según la figura que sigue á dicha sílaba, esta significa, además del elefante mismo, los colmillos, el marfil y también la isla y la ciudad de Elefantina. Para indicar esta última hállase á veces tan solo en las inscripciones la imagen del elefante, con omisión de la sílaba *ab*. Respecto al conocimiento que los egipcios antiguos tenían del paquidermo asiático, una inscripción descubierta por Ebers en un sepulcro del Alto Egipto, en Ournah, al oeste de Tebas, parece tener especial importancia. Esta sepultura, que data del siglo XVII antes de Jesucristo, según resulta de los nombres de reyes en ella inscritos, contenía los restos de un tal Amenemheb, que tuvo el honor de acompañar al héroe y rey Tutmosis III en sus guerras asiáticas; y en las paredes del sepulcro referíanse varios episodios importantes de estas campañas. Así, por ejemplo, se lee en una parte: «allí presencié una hazaña gloriosa, llevada á cabo por el soberano de Egipto en el país de Ninive, donde mató en sus cacerías 120 elefantes para obtener marfil.»

Las inscripciones nos dan noticias muy variadas sobre la afición de los reyes egipcios á las cacerías peligrosas. También entre otros pueblos de la antigüedad el nombre del elefante encerraba la significación del marfil. Herodoto es el primero que bajo el nombre de *elephas* comprende solo el animal.

Ctésias fué también quien propaló la fábula de que el elefante tenía piernas sin articulaciones; que no podía echarse ni levantarse, y que dormía de pie. Según la historia, Darío fué el primero que utilizó los elefantes para la guerra, y se sirvió de ellos para combatir contra Alejandro. Aristóteles tuvo entonces ocasión de ver algunos, y pudo así trazar una descripción bastante exacta. A partir de aquella época habla con frecuencia la historia de los elefantes, pues durante más de 300 años, figuraron en las interminables guerras que empujaron los diversos pueblos para conquistar el imperio del mundo.

Con el elefante indio empleábase también el africano, sobre todo entre los cartagineses, que no creyendo á esos colosos indomables, según se aseguraba, supieron adiestrarlos para la guerra, utilizándolos también como los indios.

Los romanos utilizaban principalmente estos animales para las luchas del circo, y á ellos se debe achacar el exterminio de los elefantes que habitaban al norte del Atlas. Puede fácilmente formarse una idea del grado de inteligencia de los de Africa, si se recuerda que los bateleros romanos lograban enseñarles á reconocer las letras, á subir y bajar por una cuerda inclinada y á llevar entre cuatro unas enormes angarillas con un quinto elefante que se fingía enfermo; también los adiestraban en bailar y comer cuidadosamente en una mesa magnífica, cubierta de vajilla de oro y plata, etc.

**USOS, COSTUMBRES Y REGIMEN.**—Por numerosas que fueran las ocasiones que tuvieron los antiguos para observar á los elefantes en vida, solo nos dejaron, sin embargo, descripciones sumamente defectuosas, siendo curioso el que varias de las fábulas propaladas en su época se hayan conservado hasta nosotros.

Hoy día poseemos una serie de observaciones excelentes sobre ambas especies, y podemos hacer por lo tanto una descripción exacta y minuciosa de estos animales.

Encuétranse elefantes en todas las grandes selvas de su país, y cuanto más ricas son en agua, más abundan estos paquidermos. Sin embargo, no habitan en aquellos parajes exclusivamente: dicese que se alejan de las regiones frías y elevadas; pero exactas observaciones lo contradicen; en Ceilan, sobre todo, viven los elefantes en los cantones montañosos.

«En Urah, dice Tennent, donde las altas mesetas están cubiertas á menudo de una capa de escarcha, aparecen aun los elefantes muy numerosos, á una altitud de mas de 2,600 metros, mientras que sería inútil buscarlos en los juncales de la llanura. Ninguna elevacion es para ellos demasiado fria ni expuesta al viento con tal que tengan abundante agua. Contrariamente á lo que opina el vulgo, el elefante evita cuanto le es posible los rayos del sol; permanece todo el dia en la mas enmarañada espesura, y aprovecha las noches oscuras y frescas para emprender sus peregrinaciones. A semejanza de todos los paquidermos, es mas bien nocturno que diurno, pues si bien es cierto que padece durante el dia, por la noche es cuando principalmente vive. Si el viajero sorprende durante el dia á una manada de elefantes, los verá echados tranquilamente uno al lado de otro, y su simple aspecto basta para desmentir todos los cuentos que se han referido para ponderar su índole maligna, su ferocidad y su sed de venganza. Allí están á la sombra del bosque, cogiendo los unos con su trompa las hojas y ramas de los árboles, y durmiendo los otros; mientras que los pequeños, imágenes de la inocencia, como los viejos símbolo del reposo y la gravedad, corren alegremente por los alrededores. Obsérvase que cada elefante ejecuta movimientos singulares; algunos agitan su cabeza trazando un círculo, ó bien de derecha á izquierda; otros balancean un pié de adelante atrás; varios individuos inclinan sus orejas sobre la cabeza ó las agitan, y no pocos levantan y bajan á compás una de las patas delanteras. Diversos autores han opinado que estos movimientos, que observan tambien en los elefantes cautivos, eran consecuencia de su cansancio á causa del largo viaje por mar; pero es de advertir que jamás habian visto individuos salvajes. Apenas divisa la manada á un hombre, y aunque solo le haya olfateado, huye con toda la ligereza posible para ocultarse en las profundidades del bosque.»

En cuanto al elefante de Africa, puedo decir que en el país de los Bogos he visto sus huellas en altitudes de 1,600 á 2,000 metros; y los indigenas me han asegurado que en el Habesch se encontraban estos animales en las mas elevadas montañas, de 2,600 á 3,300 metros sobre el nivel del mar. En su ascension al Kilimandscharo, vió Von der Decken huellas de estos paquidermos á 3,000 metros.

El elefante domesticado demuestra tambien gran habilidad y tiene mucha resistencia para soportar la fatiga al subir altas montañas. Los propietarios de colecciones ambulantes de animales conducen individuos domesticados, segun me refiere Wallis, hasta las ciudades situadas en las regiones mas altas de la Colombia y del Ecuador, aunque han de franquear desfiladeros de 4,000 metros de altura, para llegar á las mesetas situadas á 3,000 metros sobre el nivel del mar. El viajero mas vigoroso no franquea siempre sin sufrir algun percance el paso del Chimborazo, mientras que varios elefantes han conseguido cruzarle sin novedad.

El elefante no busca siempre los bosques, ni en la montaña ni en el llano; muy lejos de esto, cambia su domicilio no solo segun los sitios, sino tambien segun las circunstancias. Así, por ejemplo, el *fil* se encuentra durante meses enteros en las estepas libres de una gran parte del Africa, puesto que allí carece del todo de árboles; tambien se le observa en pantanos, cuyos cañaverales constituyen la vegetacion mas alta de los alrededores. Sin embargo, habite donde quiera, una condicion es indispensable siempre para el elefante: nunca le debe faltar el agua. Las sendas que este animal recorre por lo regular conducen desde una á otra corriente, desde un pantano á otro, y cada estanque le ofrece un sitio de descanso para refrescarse; pues nunca deja escapar la ocasion de bañarse, ó por lo menos de mojar su piel

para limpiarla y ahuyentar los insectos. «No solamente por la mañana y al oscurecer, dice Heuglin, sino tambien por la tarde hemos visto en lugares solitarios elefantes que, muchas veces derechos en medio del agua, y hasta echados en ella, entreteníanse en revolverla y mojarse.»

A pesar de la gran abundancia de elefantes en el Africa central, con frecuencia es bastante difícil encontrar los parajes donde habitan momentáneamente, pues siempre andan errantes. En las noches de luna, segun dice el mismo viajero, óyense de pronto las pisadas de un grupo de estos animales, que, al parecer, se hallan en las inmediaciones; pero si se quiere llegar al sitio donde están, necesitase para ello algunas horas, porque la manada, despues de haber satisfecho sus necesidades, trasládase á otra parte de su territorio, pero con tal rapidez, que hallándose hoy aquí, mañana se encuentra ya á 200 kilómetros mas lejos. En estas expediciones, los elefantes siguen con regularidad sus sendas acostumbradas, ó se abren otras nuevas, lo mismo á través de los bosques y pantanos, que por encima de alturas escarpadas ó por estrechos desfiladeros. Parece que no existen obstáculos para ellos; cruzan á nado, segun dice Heuglin en su excelente descripcion, las corrientes y los lagos; penetran sin dificultad por el centro de la selva virgen mas espesa y escalan las alturas escarpadas y pedregosas. En tierra firme abren muchas veces verdaderos caminos. En sus viajes constituyen con frecuencia grupos compactos, y durante la marcha suelen avanzar uno tras otro, formando largas filas, segun se reconoce por sus huellas.

En todos los bosques habitados por elefantes, tales senderos dirigen generalmente desde las alturas á las corrientes de agua, y rara vez se encuentran algunos que se cruzan. En todas las grandes selvas vírgenes situadas en las dos orillas del Nilo Azul, no consiguió penetrar en el bosque sin seguir aquellos caminos; allí los elefantes ocupan verdaderamente el puesto de ingenieros de caminos. El guía de la manada va tranquilamente por la selva sin cuidarse de la hojarasca que va hollando con los piés y de las ramas que caen de los árboles, pues él las rompe con su trompa y se las come. La manada se detiene comunmente en los claros de terreno arenoso pulverulento, pues los elefantes se sumergen en el polvo como las gallinas. Yo he visto en aquellos parajes hoyos profundos del tamaño de estos paquidermos y que probablemente formó el animal con sus colmillos, reconociéndose tambien que se habia revolcado allí.

Parece que en la estepa libre eligen con preferencia, segun Schweinfurth, los caminos angostos, abiertos por el hombre entre las altas yerbas, aunque estos senderos apenas tienen capacidad suficiente para la cuarta parte de la anchura de su cuerpo; en la montaña, así como en los bosques, construyen, sin embargo, caminos, y esto con una astucia que asombra á los mismos ingenieros. Algunos ingleses de esta profesion refirieron á Tennent que cuando los elefantes cruzan las montañas buscan siempre las crestas mas favorables y bajas, y que saben poner en práctica con singular destreza todas las reglas para evitar alturas muy escarpadas. Es un hecho notable que estos caminos se hallan hasta en montañas de tal naturaleza, que el mismo caballo hallaria obstáculos invencibles.

Lo mismo sucede en el país de los Bogos: los elefantes abren siempre sus caminos por los parajes mas favorablemente dispuestos; en las montañas de Mensa cruzan solo el valle principal y desembocan en los laterales. Elévanse á la mayor altura posible, y describiendo S S llegan hasta la cima para bajar otra vez.

La pesadez de estos animales es tan solo aparente: el elefante es muy diestro para todo: camina por lo regular tranquilamente á paso de andadura, como el camello y la girafa;

pero puede apresurar su marcha de tal modo, que á un jinete le costaria trabajo seguirle al trote. Por otra parte, le es fácil andar con tal ligereza, que apenas se le oye: «al principio, dice Tennent, la manada salvaje se precipita en la espesura con mucho ruido; pero bien pronto se restablece el silencio, hasta el punto de que una persona poco inteligente en este punto podria creer que los animales se habian detenido despues de dar algunos pasos.»

Cuando necesita subir por pendientes rápidas parece este paquidermo un verdadero trepador. Muchas veces me complacia ver á nuestro elefante cautivo subir por las escarpaduras: dobla con prudencia sus articulaciones carpianas, encoge así el cuarto delantero, y lleva hácia adelante su centro de gravedad; deslízase en cierto modo sus patas así dobladas, y extiende las posteriores. Sube muy bien ejecutando esta maniobra; pero en la bajada le es mas difícil á causa del peso de su cuerpo; y si anduviera como siempre, perderia muy pronto el equilibrio, cayendo hácia adelante, lo cual le costaria acaso la vida. Esto no le sucede nunca: arrodillase en la parte superior de la pendiente de modo que toque la tierra con el pecho; estira con lentitud sus patas anteriores hasta encontrar un punto de apoyo; recoge despues las posteriores y baja desliziándose despues á lo largo de la montaña.

A veces, no obstante, cae con pesadez durante alguno de sus paseos nocturnos; y yo vi señales irrecusables de ello en el valle superior de Mensa. Una manada habia cruzado por el valle, siguiendo primero el flanco de la montaña, y despues un angosto sendero que habian deteriorado las lluvias en ciertos sitios. Un elefante puso el pié sobre una piedra saliente, desprendióse esta, y perdiendo el animal el equilibrio, rodó tras ella: la caída debió ser terrible; la yerba y los matorrales estaban aplastados y arrancados en una longitud de 16 metros, por una anchura que correspondia á la del elefante, poco mas ó menos; pero una breña mas sólida debió contenerle, pues desde allí continuaba la pista en direccion al camino. El paquidermo pudo hacerse gran daño en el lomo, mas no se hirió gravemente.

Todos los elefantes que vemos en las casas de fieras desmienten la antigua fábula en la cual se dice que no se pueden echar. Cierto es que el animal duerme de pié; pero cuando quiere estar con toda comodidad se echa fácilmente, y se levanta con la misma ligereza que se observa en todos sus movimientos.

El elefante nada igualmente muy bien, y se hunde en el agua menos aun que los otros cuadrúpedos, ventaja que debe á la redondez de sus formas y á la capacidad de su pecho. Como saca la trompa al aire á fin de respirar, puede sumergirse sin sofocarse, y se lanza al agua y desaparece bajo la superficie con el mayor placer; tambien atraviesa en línea recta y sin vacilar los mas anchos rios.

Este animal ejecuta con su trompa los movimientos mas singulares: no se sabe qué admirar mas, si la fuerza de este órgano, los diversos modos de moverle, ó la destreza con que recoge todos los objetos. Gracias al apéndice digitiforme que la termina, puede el animal coger las cosas mas pequeñas, así una moneda como un pedacito de papel; y esta misma trompa le basta para tronchar un árbol: seria imposible escribir todo lo que puede hacer con semejante órgano.

El elefante se sirve tambien de sus colmillos para diversos usos; con ellos levanta pesados fardos, derriba piedras y practica hoyos en la tierra; estos dientes son para él armas ofensivas ó defensivas; pero se vale de ellas lo menos posible, porque no reside allí toda su fuerza. Mercer envió á Tennent la punta de un colmillo que medía 0",12 de diametro y pesaba 12 kilogramos; habia sido roto de un trompazo de

otro elefante. Varios indigenas oyeron cierto dia un ruido singular; corrieron presurosos y hallaron á dos elefantes que luchaban: el uno acometía con sus colmillos, y el otro, que era una hembra, carecia de semejante arma; pero de un solo trompazo tronchó por la mitad uno de los colmillos de su antagonista.

Los sentidos del elefante se armonizan perfectamente con su organizacion: la vista no parece muy buena; los que han observado á este animal libre, por lo menos, aseguran que su alcance visual es muy limitado. Muy desarrollados son en cambio el oído y el olfato, y fácil es reconocer en los individuos cautivos que el tacto, y el gusto alcanzan relativamente bastante desarrollo. Todos los cazadores pueden dar testimonio de la finura del oído de este animal; el mas leve rumor le hace prestar atencion; una rama que se rompa basta para inquietarle. Su olfato es tan delicado como el de los rumiantes, por lo cual evitan los cazadores avanzar en direccion del viento; la trompa es un órgano muy sutil para el tacto, y su apéndice digitiforme puede rivalizar con el dedo ejercitado de un ciego.

El que trata con elefantes reconoce la superioridad de sus facultades intelectuales: no se puede negar su inteligencia.

Cierto que la mirada revela poco la excelencia de las cualidades intelectuales; pero esto es debido tan solo á que los ojos, relativamente pequeños, no guardan proporcion con la enorme mole del cuerpo. Cada observacion, no obstante, permite comprender muy pronto hasta qué punto llega la asombrosa astucia de este animal. Segun refiere Heuglin, todos los negros reconocen de buen grado la gran inteligencia del elefante y aprécianle tanto, que hasta creen tener su origen en este coloso, así como muchos musulmanes del Sudán creen ver en él al padre primitivo del género humano, y por eso no quieren comer su carne. La domesticidad, impuesta por el hombre, desarrolla al fin la inteligencia de este paquidermo de una manera que causa verdadera admiracion.

El elefante iguala por este concepto á los mamíferos mejor dotados, al caballo y al perro: reflexiona antes de obrar; perfeccionase cada vez mas; aprende las lecciones mejor que otro animal alguno, y adquiere de esta manera todo un tesoro de conocimientos.

Podríamos citar muchos ejemplos, pero nos bastan dos para demostrarlo.

Un plantador llamado Raxava contó á Tennent, que habia observado mas de una vez, que en el momento de estallar la tempestad abandonaban presurosos el bosque los elefantes salvajes, é iban á echarse en las praderas, lejos de todo árbol, mientras brillaban los relámpagos y retumbaba el trueno. Esto es una prueba de inteligencia, y vemos por ella lo que es el elefante abandonado á sí mismo, cuando debe velar por su conservacion.

Pero cuando está cautivo y en la sociedad del hombre, se manifiesta mas evidentemente su inteligencia. «Una tarde, dice Tennent, en que me paseaba yo á caballo por el bosque situado cerca de Kandy, detúvose de repente mi corcel, espantado al percibir un ruido que procedia de la selva. Oíase el grito *urmf urmf*, repetido sordamente, y bien pronto ví de dónde provenia. Era un elefante doméstico, que hallándose en libertad, se habia empeñado en llevar á cabo una difícil tarea; esforzabase en trasportar una pesada viga que se habia cargado sobre los colmillos; pero el sendero era tan angosto, que debia inclinar la cabeza á cada instante, unas veces á la derecha y otras á la izquierda. Aquel ejercicio le hacia lanzar gruñidos de mal humor, y apenas nos hubo divisado, levantó la cabeza, mirónos un instante, arrojó su carga á